

LYTTA BASSET

**TRAS EL SUICIDIO
DE UN SER QUERIDO**

El vínculo que nunca muere

Traducción de
FERNANDO GARCÍA-BARÓ HUARTE

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2021

Esta obra ha recibido una ayuda a la edición
del Ministerio de Cultura y Deporte.



Tradujo Fernando García-Baró Huarte del original francés
Ce lien qui ne meurt jamais

Imagen de cubierta: Isaak I. Levitan, *Lago en otoño*, 1898;
imagen de guardas: aguafuerte, 1880

© Éditions Albin Michel 2007
© Ediciones Sigueme S.A.U., Salamanca 2021
C/ García Tejado, 23-27 - 37007 Salamanca / España
Tlf.: (+34) 923 218 203 - ediciones@sigueme.es
www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-2085-7
Depósito legal: S. 85-2021
Impreso en España / Unión Europea
Imprenta Kadmos, Salamanca

SAMUEL, el mayor de nuestros tres hijos, puso fin a su vida el 7 de mayo de 2001. Tenía veinticuatro años. Adolescente original y rebelde, había comenzado a estudiar en la Escuela Politécnica Federal de Zúrich y luego se había tomado unos «meses sabáticos», en el verano de 1998, para viajar a América Latina. Como muchos jóvenes, fumaba porros, estaba en búsqueda constante de sí mismo y no acababa de encontrar su lugar en la sociedad. Al cabo de tres meses, nos enteramos de que la policía lo había encerrado en un hospital psiquiátrico de Paraguay, presa de un delirio. Él nunca nos ocultó que había tomado cocaína. Desde su regreso a Ginebra hasta su muerte, casi tres años después, sufrió crisis de locura cada vez más frecuentes, de una violencia que no dejaba de aumentar, hasta el punto de necesitar repetidas hospitalizaciones. Varios indicios me llevan a pensar que había ingerido, sin saberlo, una de esas drogas adulteradas que causan estragos en todo el mundo, cuya consecuencia es la disociación entre el cerebro y el cuerpo, algo que puede ser interpretado como una psicosis o como una esquizofrenia. «He perdido la cabeza –nos dijo a su regreso–. No podré seguir estudiando». Efectivamente, pocos meses después recibió el certificado de invalidez y comenzó a hablar sobre el suicidio. Nunca acabaremos de saber qué fue realmente lo que pasó, pero todos coincidimos en que hubo un antes y un después de

América Latina. Samuel intentó sobrevivir durante casi tres años: un infierno para él y para su familia... hasta el día en que comprendió que ya no podía más. Había pegado un papel en la puerta de la nevera que decía: «La muerte no es el fin de la vida, es solamente el final de la vida».

No voy a hablar del suicidio, de si es legítimo o no, de sus causas manifiestas u ocultas, de si las medidas que se toman para prevenirlo son adecuadas o insuficientes. Lo único que me motiva es el deseo de acompañar a las personas heridas por la muerte de un hijo, o también por la de alguien cercano, con quien hemos compartido una relación, sea familiar o de amistad. Empecé a escribir cinco años después de la muerte de Samuel porque, contra todo pronóstico, me descubrí recuperando paulatinamente el pulso de la vida. Es evidente que lo que había sucedido me condujo a un lugar que no era la muerte, y por eso no me podía permitir reservar el acceso a dicho camino solo para mí.

El germen de este libro es un diario íntimo que comencé a escribir durante las primeras semanas de duelo. Nunca en mi vida lo había hecho. ¿Qué me empujó a ello? En lo más espeso de la niebla que se había tragado todas mis referencias, creía vislumbrar algunas luciérnagas sobre el incierto sendero por el que transitaba como una funámbula. Esto me desazonaba. No sabía qué hacer. Sin duda, Samuel alimentaba en mí el deseo de mantener el recuerdo de lo que llamo desde entonces mi «maná cotidiano». También fue él quien, años después, mientras paseaba por la montaña, me inspiró que en el futuro libro hubiera partes autobiográficas redactadas en tercera persona alternándose con otras partes meditativas o reflexivas formuladas por un «yo»: en esos fragmentos hablaría de lo que él me había ayudado y de lo que me seguía ayudando. También

eliminaría por completo todos los elementos del diario que fuesen demasiado anecdóticos y particulares como para que cualquier lector sacase provecho.

He de confesar que ningún libro me ha costado tanto. Hasta la última línea, he tenido que superar fuertes resistencias interiores. Durante mucho tiempo me resistí a escribir, tanta era la fuerza con que me abrumaba el duelo: de ninguna manera haría público lo que ni siquiera yo era capaz de aceptar. Además, necesitaba sentir que Samuel me daba su permiso. Este llegó de la manera más misteriosa e inesperada, pero inequívocamente. Por fin me enfrenté a la gran dificultad de desvelar aquello que para mí pertenece a la interioridad más sagrada. Creo que si he seguido con el empeño, ha sido por conmiseración hacia tantos semejantes que se han convertido en muertos vivientes tras una experiencia de duelo que los ha destrozado. Estoy convencida de que me movió aquello mismo que empujaba a Jesús de Nazaret a no «guardar» solo para él las palabras de origen divino que le hacían vivir.

Es de justicia reconocer que este libro nació también del deseo de los demás. Personas muy diferentes parecían haberse puesto de acuerdo para pedirme con insistencia que lo escribiese. Fue en voz alta, durante reuniones o conferencias, como empecé a abordar estos temas que habían sido tabú durante tanto tiempo en nuestras sociedades occidentales: la muerte, el suicidio, el más allá, nuestra relación con las realidades invisibles... Y cada vez que lo hacía, provocaba alguna confianza: «¡Gracias por haber hablado!», «Yo también he sentido la presencia de mi ser querido», «Lo he visto vivo», «Lo he oído diciéndome palabras de amor o de ánimo... ¡pero no puedo contárselo a nadie, porque no me creen y se burlan de mí!».

«Si estos callan, gritarán las piedras» (Lc 19, 40). Aquel día se empeñaban en hacer callar a la muchedumbre de discípulos que habían acudido a cantar y dar gracias a Dios «a voz en grito» cuando Jesús entraba en Jerusalén. Una semana después, la multitud iba a renegar de su alegría gritando «¡Crucifícalo!». De este modo, terminamos rechazando violentamente lo más luminoso que hemos vivido. Pero también ocurre que la Palabra se vuelve, a través de nosotros, irreprimible. En ese instante, lo que nos quema los labios es esa percepción única del Invisible, que se pierde para siempre si no la compartimos.

Y si todos callaran, si la violencia –la que infligimos, la que sufrimos– dejara mudas a todas las personas, si el corazón duro como una piedra pesara tanto que lo único con lo que soñaríamos fuera hundirnos, la Palabra seguiría viniendo de donde nadie la esperara, del vientre mineral de la tierra, del más allá de cualquier palabra y de cualquier silencio de muerte. «Las piedras gritarán», como los sordos oirán, los cojos bailarán y los mudos cantarán. Lo que no se puede se podrá. Alguien habrá podido. Basta con uno solo, o con una sola vez en la vida: yo, piedra compacta, hermética, privada de un «interior» habitable, que me he vuelto insensible a base de gritarle al vacío, me veré resistente, consistente como nunca antes lo fui. Y esto sucederá cada vez que grite en dirección a los demás. Hasta las piedras gritarán, ellas que creían que la Vida era definitivamente imposible.

El camino de la verdad que conduce a una Vida más fuerte que lo irreparable no es privilegio exclusivo de los creyentes ni de los adeptos de una u otra religión. La división está en otro lugar y depende de la orientación que se escoge: a pesar o a causa de la muerte de nuestro ser querido, ¿deseamos ardientemente ir hacia aquello que

vive o decidimos ahogar ese deseo en nosotros? Cuando a Jesús le anunciaron la muerte inminente de su gran amigo Lázaro, afirmó: «Esta enfermedad no está orientada hacia la muerte, sino que tiene como fin manifestar la gloria de Dios» (Jn 11, 4). ¿No estaba dando su propia respuesta al duelo que iba a golpearlo? Más que de «Dios», aquí puede hablarse del «Viviente», y más que de la «gloria» puede hablarse (en referencia al sentido de la palabra hebrea) del «peso», de la «densidad de la Presencia».

La cuestión a la que he intentado dar respuesta de manera personal en este libro se le plantea, en definitiva, a todo ser humano: ¿permanecerá para siempre la muerte de tu ser querido orientada hacia la muerte, o contemplarás la posibilidad de que, poco a poco, el Viviente te devuelva su propio peso de existencia, esa densidad de Presencia que ninguna destrucción, nunca jamás, será capaz de vencer?